

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

# **Globalización, democracia y comunidad: nuevas formas de lo político.**

Gabriel Levita.

Cita:

Gabriel Levita (2011). *Globalización, democracia y comunidad: nuevas formas de lo político*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/219>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **Globalización, democracia y comunidad: Nuevas formas de lo político**

Gabriel Levita

UBA – CEIL/CONICET

[glevita@ceilpiette-conicet.gov.ar](mailto:glevita@ceilpiette-conicet.gov.ar)

Resumen: El creciente cuestionamiento acerca de la validez de las categorías clásicas de análisis social que se ha ido instalando desde las últimas décadas del siglo XX persiste en la actualidad con inusitado vigor. Muchos estudios sobre el mundo político cuyas preguntas se formulan en relación al marco conceptual de la globalización se han hecho eco de este verdadero espíritu de época científico partiendo muchas veces de presupuestos y premisas poco o nada explicitados. Entre ellos contamos tanto con conceptos provenientes del campo académico como con teorías originadas en espacios de producción intelectual extra-académicos. Así, pensadores como Bauman y Beck, por un lado, y Crouch y otros teóricos políticos, por el otro, forman parte, frecuentemente, de numerosos marcos teóricos y contextos conceptuales. Analizar en forma comparativa sus reflexiones sobre los cambios en la política será el objetivo principal de esta ponencia.

Si bien estos autores difieren en gran parte de sus conclusiones, comparten un fondo común basado en la desinstitucionalización de la política. En este sentido, también intentaremos dar cuenta del modo en que las dinámicas globalizadoras han afectado la forma de pensar lo político en las sociedades contemporáneas volviendo a *lo comunitario* una lógica que atraviesa estos nuevos discursos teóricos, los cuales, en tanto plantean un diagnóstico social, dan cuenta del resurgimiento de las comunidades y su rol central en la política, y en tanto poseen también una clara dimensión normativa, dialogan valorativamente con estos mismos procesos de comunitarización de lo político.

Palabras clave: globalización – política – comunidad – posdemocracia – representación

### **INTRODUCCIÓN**

El creciente cuestionamiento acerca de la validez de las categorías clásicas de análisis social que se ha ido instalando desde las últimas décadas del siglo XX persiste en la actualidad con inusitado vigor (Aronson, 2007: 14-17)<sup>1</sup>. Muchos estudios sobre el mundo político cuyas preguntas se formulan en relación al marco conceptual de la globalización se han hecho eco de este verdadero espíritu de época científico partiendo muchas veces de presupuestos y premisas poco o nada explicitados. En ellos, como en muchos espacios de producción intelectual extra-académicos, las teorías y conceptos de pensadores como Zygmunt Bauman y Ulrich Beck forman parte, frecuentemente, de sus marcos teóricos y contextos conceptuales. Analizar en forma comparativa sus reflexiones sobre los cambios en la política es el objetivo principal de este escrito.

Ambos poseen la particularidad de circular tanto académica como extra-académicamente. Como teóricos de las ciencias sociales, mantienen un registro de discurso afín al del campo científico e interpelan directamente a los científicos sociales estudiosos del mundo contemporáneo. En tanto productos destinados a una divulgación de mayor masividad, comparten códigos con la tradición del ensayo crítico y la filosofía social<sup>2</sup>. Así, los trabajos de Bauman y Beck son leídos tanto por sociólogos, politólogos y antropólogos, como por periodistas, políticos y escritores. De este modo, la circulación de ideas entre las ciencias sociales y los sujetos y objetos que estas estudian se acentúa y complejiza<sup>3</sup>.

De ahí el lugar privilegiado que sus teorías ocupan como intentos por comprender y explicar la vida social y, al mismo tiempo, como productos de los cambios que esta suscita. En este contexto, las teorías sobre los cambios de lo político y los discursos políticos sobre las transformaciones de la política en el mundo globalizado se entrecruzan y combinan en formulaciones de altísima circulación e influencia.

Situados entre las ciencias sociales y la filosofía social y entre el diagnóstico y la prescripción, los desarrollos teóricos de Bauman y Beck plantean fuertes transformaciones de lo político que se encuentran, además, en un diálogo constante y complejo con la lógica de *lo comunitario*. Entendemos a esta como una nueva matriz de análisis y ejercicio del gobierno sustentada en la heterogeneidad y centrada en el individuo y las "identidades culturales". Se opone, por tanto, a *lo social* en tanto lógica de gubernamentalidad correspondiente al período anterior de la modernidad (Rose, 1996; Benhabib, 2006: 95-145).

Entonces, *¿qué transformaciones supone la globalización en el campo de lo político para estos dos autores? ¿Cómo afectan estos cambios a las instituciones de la democracia representativa? ¿Qué correlatos tienen estos planteos en los estudios políticos? ¿De qué manera se relacionan con los nuevos modos de pensar el lazo social y con el resurgimiento de los discursos sobre lo comunitario?* Este escrito es un intento por sistematizar dos puntos de vista que, desde la teoría social, plantean transformaciones de *lo político* comparándolos y analizándolos a la luz de las reconfiguraciones del lazo social y del surgimiento de nuevas lógicas de acción política ancladas en lo individual, lo local y *lo comunitario*.

En este sentido, realizaremos un esbozo de las teorías de Bauman y Beck, presentaremos las transformaciones de lo político que ellos identifican y analizaremos comparativamente las distintas interpretaciones sobre la problemática. Repasaremos brevemente enfoques que desde la ciencia política abordan la política de manera afín y, finalmente, exploraremos sus afinidades con nuevas retóricas de conceptualización del lazo social y de espacialización del gobierno.

## **BAUMAN: MODERNIDAD LÍQUIDA Y HOMBRE MODULAR**

El pensamiento de este sociólogo polaco –que desarrolla su trabajo en la Universidad de Leeds– ha tenido gran repercusión a partir de los años 90, principalmente de la mano de ensayos como *Modernidad y Holocausto* (1989) y *Modernidad Líquida* (2000), entre otros. El enfoque de Zygmunt Bauman fue variando desde el marxismo ortodoxo, en los inicios de su carrera en Polonia, hasta posturas gramscianas y freudianas. Trabajó en la UNESCO en la década del 60 y, tras ser obligado a abandonar su país, recaló en la Universidad de Tel Aviv para, posteriormente, instalarse en Inglaterra. Actualmente, es un referente intelectual del espacio de la llamada “alter-globalización”. Su prolífica obra ensayística se centra en cuestiones como la modernidad, la posmodernidad, la globalización y la nueva cuestión social.

En su difundido modelo de pasaje de la *modernidad sólida* a la *modernidad líquida*, Bauman teoriza acerca de las transformaciones implicadas en los procesos de globalización poniendo el énfasis en los quiebres y rupturas, aunque también atendiendo a ciertas continuidades. En *Modernidad Líquida* (2000) aparecen nuevas lógicas de organización social del tiempo y el espacio, junto con nuevas configuraciones socio-laborales que producen importantes consecuencias en el plano político.

La *modernidad sólida* corresponde a la era del *hardware*, donde lo que contaba era el tamaño, el volumen y el poder. De lo que se trataba era de apoderarse del espacio físico mediante la conquista territorial en un contexto de tiempo rutinizado y homogéneo. Su modelo de racionalidad era la fábrica fordista, la cual representaba, a su vez, la unión entre el capital y el trabajo. Se trata del clásico modelo bajo el cual se pensó la sociedad nacional hasta el último cuarto del siglo XX.

Por otra parte, en la *modernidad líquida*, o era del *software*, las altísimas velocidades de los viajes y las comunicaciones provocan la obsolescencia del espacio y ponen de relieve la importancia fundamental de la capacidad para desplazarse libremente. Esta nueva caracterización de la organización social implica un distanciamiento espacio-temporal que opera en detrimento del primer término favoreciendo procesos de desterritorialización. Esto significa que el proceso productivo ya no está arraigado en un único y definido espacio físico, sino que el trabajo humano se *desencarna* y sale de la fábrica fordista liberando al capital de sus compromisos con el trabajo, mientras este último acentúa su dependencia del primero. Así, la desigualdad y la polarización social se mantienen, pero bajo nuevas formas.

Si bien las relaciones de dominación persisten como relaciones asimétricas en las que la libertad del dominador se apoya en la falta de libertad del dominado, su contenido se redefine en dirección a lo que el autor llama “la cercanía a las fuentes de incertidumbre”. Dominan quienes se mueven y actúan más rápido:

*la dominación consiste en la capacidad de escapar, de “descomprometerse”, de “estar en otra parte”, y en el derecho a decidir la velocidad con la que se hace todo eso... mientras que, simultáneamente, se despoja a los dominados de su capacidad de detener o limitar esos movimientos* (Bauman, 2002: 129).

Como mencionamos, Bauman sostiene que la separación y el enfrentamiento entre tiempo –ligado al desarrollo técnico en general– y espacio –como herramienta de apropiación y conquista– implica una pérdida del valor estratégico del tiempo. Preponderancia del control y domesticación del tiempo son factores imprescindibles para la dominación del espacio. Sin embargo, para el autor, mientras en la *modernidad sólida* existía un tiempo lineal, rutinizado y homogéneo, y primaba una tendencia a la conquista del espacio, en la *modernidad líquida* el avance tecnológico permite realizar desplazamientos en fracciones de tiempo infinitamente pequeñas anulando las propiedades limitantes del espacio y reduciendo su importancia. Es decir que “como todas las partes del espacio pueden alcanzarse en el mismo lapso (es decir, ‘sin tiempo’), ninguna parte del espacio es privilegiada, ninguna tiene ‘valor especial’” (Bauman, 2002: 127). No obstante, aclara que este proceso se da tendencialmente y que el espacio, desde luego, no es por completo irrelevante. En tal contexto, se podría hablar del “fin de la geografía”, en tanto las distancias –entendidas como producto social– se vuelven irrelevantes. Surge así una asimetría entre el poder desterritorializado y la territorialidad inherente a la vida, que se resuelve en favor de un poder liberado de limitaciones y responsabilidades; todo ocurre en un marco en el que la organización del espacio se corta las ataduras de la naturaleza y la corporalidad para quedar subordinada a la innovación tecnológica y su racionalidad.

La reconfiguración de las dimensiones de tiempo y espacio son los vértices que estructuran la conceptualización de las desigualdades sociales. Sostiene Bauman en *La Globalización. Consecuencias humanas* (1998) que “lejos de homogeneizar la condición humana, la anulación tecnológica de las distancias de tiempo y espacio tiende a polarizarla” (Bauman, 2005: 28) en el sentido señalado anteriormente. La rapidez y la instantaneidad de sus movimientos, así como la capacidad de crear significados ante el vaciamiento del espacio, serían los pilares característicos de las nuevas elites, cuya particularidad radica, justamente, en la posibilidad de desplazarse espacialmente en el menor tiempo posible, de modo de alejarse de las fuentes de incertidumbre. Por lo tanto, se encuentran en condiciones de superar la territorialidad de los Estados-nación y eludir el control de sus actividades.

De esta manera, la desterritorialización del poder tiene como contrapartida una fuerte estructuración del territorio que configura una arena de lucha por el espacio urbano y termina operando en contra de quienes se hallan condenados a permanecer no ya en una localidad *sólida*, sino en una situación en la que los espacios públicos también se desterritorializan y el lazo social se debilita.

En definitiva, donde la rapidez y el cambio son regla, las fronteras sociales se vuelven móviles y porosas y la linealidad y homogeneidad del tiempo se desvanecen generando transformaciones que dan por tierra con “la mayoría de los puntos de referencia constantes y sólidamente establecidos que sugerían un entorno social más duradero, más seguro y más digno” (Bauman, 2003: 58). A su vez, estos procesos alimentan la incertidumbre y hunden a los sujetos en un contexto social fluido donde prima el cambio.

¿Qué espacios quedan, entonces, para la acción política en un contexto tan propenso a la desinstitucionalización de la vida social y a la profundización de las desigualdades? ¿Cómo impacta la desterritorialización en la política *sólida*? En *En busca de la política* (1999), Bauman señala que en la *modernidad líquida* el rasgo central de la política es la desconexión entre la vida privada y la vida pública, la que dificulta la traducción de las preocupaciones privadas en temas públicos e implica que el aumento de la libertad individual no redunde en un aumento de la acción política, sino en un estado de impotencia colectiva. Se ha perdido el *ágora* como espacio privado y público, con capacidad para realizar transformaciones políticas. De ahí que la voluntad de asociación de las personas se manifieste en explosiones aisladas y efímeras que no condensan en ningún proyecto político transformador.

Tras hacer una distinción entre la *agenda de opciones* –entendida como un espectro de alternativas ofrecidas– y el *código de elección* –pensado como las pautas que señalan al individuo la preferencia de una u otra opción–, el autor postula que durante la fase clásica de la modernidad la legislación y la educación fueron, respectivamente, los principales instrumentos para establecer estos dos elementos. Ahora bien, asistimos a un proceso de desligamiento de la agenda de opciones y del código de elección de las instituciones políticas que las enmarcaban.

La función reguladora del Estado se ve limitada por una fuerza no política, el mercado, que a través de la “economía política de la incertidumbre”, intensifica este proceso y conspira contra la acción colectiva. Por una parte, la agenda de opciones ya no es construida políticamente –aunque no por ello se vuelve menos rígida– y pasa a estar determinada por poderes extraterritoriales cuyos alcances son globales. Poder y política se separan: mientras las instituciones políticas conservan su carácter local, el poder adquiere una movilidad irrestricta. La lógica dominador-movilidad se encarna en el poder –el mercado–, mientras que la lógica dominado-territorialidad lo hace en la política –las instituciones estatales y los partidos–. Por otra parte, las fuerzas del mercado también determinan los códigos de elección a través de la lógica del consumo y la generación de nuevas necesidades.

Recapitulando, frente a los nuevos modos de dominación y a la desterritorialización del poder, poco es lo que las instituciones políticas pueden hacer para mitigar las consecuencias negativas de esta nueva configuración social y asegurar el bienestar de la población.

El sujeto resultante de esta nueva modernidad es el *hombre modular*. surge de la *segunda reforma*, consistente en la profundización de la individuación, la privatización y los derechos a la libre elección que, no obstante, no producen mayor democratización. El hombre modular no tiene esencia, sino cualidades móviles, descartables e intercambiables que le permiten asociarse y separarse sin grandes costos. Sin embargo, esta flexibilidad no impide hablar de una sociedad “bien integrada”, aunque el modelo sea ahora el de una sociedad “multired” capaz de vivir con sus propias contradicciones, absorbiéndolas y reciclándolas en nuevas fuentes de acción. La consecuencia positiva de la modularidad reside en un aumento de la libertad de los individuos. Como

contrapartida, el hombre modular está “desarraigado”, ya no puede experimentar a la sociedad como totalidad ni a sí mismo como persona total. Se encuentra sumergido en la incertidumbre, la inseguridad y la desprotección, procesos que suponen fuertes impedimentos para la acción colectiva políticamente organizada. Se trata de un pasaje de los individuos pensados como ciudadanos a los individuos pensados como consumidores. La referencia deja de ser el Estado y pasa a ser el mercado. A su vez, el Estado y los partidos, con algunas excepciones, se muestran incapaces de amortiguar estos problemas.

En este sentido, Bauman concluye proponiendo la creación de una institución republicana internacional que se encuentre a la altura de los poderes transnacionales y sirva para mitigar la mezcla letal de incertidumbre, inseguridad y desprotección que conspiran contra la acción política. De la Garza Toledo señala las contradicciones entre tal propuesta programática y la ética de la responsabilidad individual que se desprende de toda su concepción del individuo (2008).

Si bien el modelo explicativo basado en la antinomia *sólido – líquido* supone discontinuidades y lógicas distintas, el análisis de la política de Bauman refiere al pasado como un momento positivo del cual es necesario recuperar aspectos centrales y evitar su degradación. Su punto de partida, así como las soluciones que propone, remiten a la necesidad de una vuelta al pasado en el que la traducción de lo privado en lo público habría sido posible.

Ahora bien, cabría preguntarse en qué medida un modelo que plantea nada menos que una ruptura temporal definida como un esquema diacrónico de “pasaje” es coherente con una salida que sitúa en el pasado su horizonte de posibilidad. En otras palabras, si la inevitabilidad del cambio histórico ha conducido a la *modernidad líquida* ¿cómo es posible que el momento “superador” –o punto de llegada– no se encuentre más allá, en el futuro del devenir histórico, sino en una definición idealizada de un pasado cuya existencia ni siquiera ha sido comprobada en los términos planteados por el propio Bauman?

## **BECK: SOCIEDAD DEL RIESGO Y SUBPOLÍTICA**

La carrera académica de este sociólogo alemán se inició en las universidades de Münster y de Bamberg, pero no fue hasta su llegada a la London School of Economics en 1992 cuando se inició la etapa más prolífica de su producción intelectual. En la década del 90, dicho instituto británico funcionó como una suerte de *think tank* inorgánico del “Nuevo Laborismo” inglés y de la “tercera vía” de Tony Blair. En ese espacio común también se han forjado sus vínculos intelectuales con Anthony Giddens y Scott Lash. La amplia obra de Ulrich Beck atraviesa temáticas como la modernidad, la posmodernidad, los cambios en la democracia y la globalización. Asimismo, ha tenido una gran repercusión en los nuevos movimientos sociales del mundo desarrollado y en el llamado pasaje del paradigma de la “redistribución” –lucha de clases– al del “reconocimiento” de nuevas identidades y minorías.

Al igual que Bauman, Beck parte de una secuencia diacrónica. La primera transición –de la *sociedad tradicional* a la *sociedad industrial*–, es un proceso de modernización simple en el marco de las revoluciones políticas de la modernidad. Siguiendo la deuda de los clásicos de la sociología –Weber, Marx, Durkheim y Simmel, principalmente– entiende este pasaje como la desaparición de los últimos vestigios del régimen feudal y el triunfo de la modernidad capitalista. Hacia finales del siglo XX, en cambio, asistimos al surgimiento de la *sociedad del riesgo*, una situación en la que las sociedades de la modernidad avanzada han podido superar o minimizar los problemas de la escasez material, con lo que la cuestión del riesgo pasa a ocupar un lugar central. A su vez, si a la sociedad industrial se había llegado a través de una modernización sencilla o “clásica”, la sociedad del riesgo surge como efecto de una *modernización reflexiva*: una modernización de la modernización que acontece de forma gradual, no buscada, no percibida y apolítica. Una modernidad radicalizada y una racionalización más profunda.

La noción de *reflexividad* resulta crucial para comprender este proceso. Se trata de una *autoconfrontación* sistemática con los efectos de la modernización que no pueden ser tratados dentro de los parámetros de la sociedad industrial, es decir de

*la continuación de procesos de modernización autonomizados que son ciegos y sordos a sus propios efectos y amenazas. De forma acumulativa y latente, estos procesos producen amenazas que cuestionan y, finalmente, destruyen los fundamentos de la sociedad industrial* (Beck, 1997: 19).

Es el propio desarrollo de la sociedad industrial el que genera una serie de consecuencias que terminan por modificar su naturaleza. Lo esencial de esta idea es el hecho de que el pasaje de un tipo societal a otro se da en forma paulatina, creciente y por fuera del debate público y las conciencias individuales. Es decir, se produce externamente al campo de la política y sus instituciones.

Como explica en *La sociedad del riesgo global* (1999), el primer momento de esta modernidad radicalizada consiste en la generalización de los riesgos, que aun no son aun percibidos como tales, puesto que siguen primando las categorías de la sociedad industrial. En una segunda fase, las amenazas se hacen social y políticamente problemáticas dando lugar a debates y conflictos propios de la sociedad del riesgo. Las definiciones sobre los riesgos se politizan –¿qué son? ¿cómo se producen? ¿a quiénes afectan? ¿cómo se mitigan?– y ponen de manifiesto su carácter heterodeterminado con la intervención de especialistas de diversos campos. Si bien, desde un punto de vista objetivo, se puede hablar de la existencia de riesgos desde mucho antes de la emergencia de una sociedad del riesgo, lo particular de estos riesgos es que se globalizan, extienden y generalizan en un marco en el que el discurso científico pierde su primacía y se ve amenazado por los discursos político y ecologista que, a su vez, se cientifican, poniendo en juego la dinámica de la *doble hermenéutica*<sup>4</sup>.

Esta nueva caracterización societal implica una lógica distinta a la de la producción y reparto de riquezas propia de la sociedad industrial. Mientras en esta última el conflicto de clases y la lucha contra la desigualdad constituían el motor de la producción y del reparto de las riquezas, en la nueva sociedad los riesgos afectan por igual a toda la población, independientemente de su nivel socioeconómico. Luego, los efectos igualadores del riesgo se traducen en el cambio del centro de gravedad de la lucha social: se pasa de la desigualdad a la inseguridad. Sin embargo, en el mundo globalizado ambas matrices se superponen: se busca acumular riquezas –que terminan por concentrarse en los estratos superiores de la población– y se busca evitar los riesgos –que se acumulan en los sectores más bajos de la sociedad. Así, los criterios de diferenciación social se agudizan y complejizan.

En definitiva, se trata de un tipo de sociedad en que las principales características de la modernidad se vuelven más drásticas, perfilándose un horizonte de mayor individualización y desinstitucionalización: las transformaciones sociales ya no pasan por los canales institucionales habituales, que, al fin y al cabo, no pudieron evitar el surgimiento y la generalización del riesgo.

¿Qué lugar ocupa la política en la transición de la sociedad industrial a la sociedad del riesgo? ¿Qué queda de las instituciones de la democracia representativa ligadas a la sociedad de clases? En *La reinención de la política. Hacia una teoría de la modernización reflexiva* (1994), el proceso de individualización cobra un carácter preeminente como factor explicativo y como concepto-guía de los cambios postulados. Haciéndose eco de los desarrollos teóricos de Giddens, Beck define esta tendencia como un doble proceso de desvinculación y revinculación en el que los individuos se desligan de las antiguas estructuras de la sociedad y se constituyen ellos mismos como puntos de referencia, componiendo y representando sus biografías por cuenta propia.

La desvinculación con las formas tradicionales no supone un vacío o un final abrupto de la historia, sino la aparición de nuevos modos de pensarse a sí mismo y de relacionarse con los demás: individualización refiere a la

*desintegración de las certezas de la sociedad industrial y [...] (a) la compulsión de encontrar y buscar nuevas certezas para uno mismo y para quienes carecen de ellas. Pero también significa nuevas interdependencias, incluso interdependencias globales. La individualización y la globalización son, de hecho, dos caras del mismo proceso de modernización reflexiva* (Beck, 1997: 29).

En este sentido, Beck realiza una primera distinción respecto de dos formas distintas de *lo político*. En primer lugar, la política institucionalizada se escenifica en el gobierno, el parlamento, las instituciones estatales y los partidos. Es la política “desde arriba” conducida por elites y regida por dicotomías anacrónicas, tales como derecha e izquierda, conservadores y socialistas, etc. Se estructura en torno a pautas propias de la sociedad industrial, con el peso que se le otorgaba a los status sociales y los paradigmas de esa etapa –principalmente el funcionalismo–, pero que ya han caducado.

Por otra parte, la política “desde abajo”, paradigmática de la nueva fase de la modernidad, desinstitucionalizada y carente de los medios típicos de canalización política, se desarrolla por fuera del marco organizacional de la anterior, al margen de las dirigencias partidarias y de las metas de conquista del Estado. Se trata de la politización de un espacio anteriormente apolítico y de una despolitización del poder central. Esta nueva dimensión de la política, descentralizada y horizontalizada, está al alcance de todos los miembros de la sociedad.

La *subpolítica*, entonces, es la expresión de la individualización en el ámbito político, y un producto de una sociedad en la que los individuos construyen sus propias biografías de un modo abierto y alejado de los constreñimientos de las antiguas estructuras de status-rol que tematizó el funcionalismo. Además, va de la mano de la explosión autocreativa del sujeto inmerso en la compleja y abierta trama social, y fuertemente atravesado por lo discursivo. Se trata de una nueva dimensión de lo político de carácter difuso, conflictivo, extrapartidario y por fuera del Estado.

Para Beck es un error equiparar la política con el Estado, puesto que esta nueva forma de lo político constituye una reinención perfectamente compatible con la parálisis e incompetencia del sistema político. Es decir, con la *subpolítica* la política se da ahora más allá de las instituciones y las jerarquías en el marco de una praxis repolitizadora que ya no tiene como punto de referencia el poder central y las instituciones, las cuales aparecen como “irreales” y arcaicas frente a los nuevos desafíos de la globalización.

## **DESINSTITUCIONALIZACIÓN, INDIVIDUACIÓN Y ACCIÓN COLECTIVA: DOS INTERPRETACIONES**

Nuestro repaso por estas dos perspectivas teóricas que analizan las transformaciones macrosociales de la globalización y, específicamente, de la esfera política, nos ha dejado con dos propuestas conceptuales para repensar lo político en el contexto social contemporáneo que guardan evidentes diferencias, no obstante comparten un mínimo común denominador sobre el que vale la pena detenerse.

Tanto en la teoría de Bauman como en la de Beck, los cimientos analíticos de sus conceptualizaciones sobre el cambio histórico están constituidos por el proceso de individuación, entendido en sentido amplio como un producto de la modernidad occidental en el marco del cual pasa a ser cada vez más el individuo el punto de referencia de la organización de la vida social. Individuación no es sinónimo de individualismo en tanto egoísmo o narcisismo, sino un proceso complejo de autonomización de los sujetos. Esta afinidad entre ambos autores se proyecta hacia la fuerte caracterización que hacen en torno a la desinstitucionalización de la política. Desde el punto de vista del análisis histórico en un nivel macro, las tendencias a la desinstitucionalización refieren al debilitamiento de las normas, controles y sentidos elaborados por y referidos a diversas instituciones sociales, tales como el Estado, la Iglesia, el partido, etc. Tanto para Bauman como para Beck, la globalización supondría entonces una

mayor autonomía del individuo por fuera de los marcos y reglamentos institucionales y al margen de las grandes categorías sociales como la clase, el partido o la nación. Así, el andamiaje de la democracia representativa occidental se vacía de su primitivo sentido político. Aunque con resultados divergentes, como veremos más adelante, ambos coinciden en que la política se desinstitucionaliza al mismo tiempo que las instituciones se despolitizan.

Tal caracterización de las transformaciones de lo político se inscribe en un contexto de cambio histórico signado por la transición de una etapa de la modernidad a otra, pensada a partir de esquemas diacrónicos en los que se suceden –aunque no lineal ni mecánicamente– diferentes fases o períodos. Si bien las nociones de *modernidad líquida* y *sociedad del riesgo* están construidas a partir de problemáticas y de intereses diferentes –las nuevas lógicas de tiempo-espacio y los cambios en el mundo laboral, en la primera; el concepto de riesgo en la segunda–, en ambos casos las mutaciones de la política se caracterizan por oposición a etapas anteriores, “sólidas” o “industriales”.

Ahora bien, la afinidad más notoria entre los dos pensadores está en la idea de que se ha producido una separación entre el poder y el sistema político: sus instituciones han perdido capacidad de acción frente a un poder desterritorializado que prácticamente no deja margen para la actividad política –Bauman– o frente a nuevos modos de acción colectiva –Beck<sup>5</sup>. En este sentido, el poder adquiere una dimensión global ya sea ejercido por las fuerzas del mercado, ya sea ligado a nuevas formas de acción política. Al liberarse de su anclaje nacional, adquiere sus definitivas características globales.

Otra afinidad radica en el señalamiento de que el nuevo contexto se encuentra atravesado por la determinación estructural y la experimentación subjetiva de sentimientos de desprotección, abandono, incertidumbre e inseguridad. Bauman adhiere a la postura de Beck acerca de que la rápida desregulación y el derrumbe del antiguo orden producen una vida en la que “se colapsa la idea misma de controlabilidad, certidumbre o seguridad” (Beck, 2002: 2). No obstante, para cada uno esto tendrá efectos distintos.

Recapitulando, las instituciones de la democracia representativa se vuelven incapaces de canalizar y contener la acción política en el mundo globalizado. Ambos coinciden en la obsolencia de las categorías de lo político, ya que ven en los objetos a los que estas refieren instituciones anacrónicas.

Sin embargo, aquello en lo que los dos sociólogos difieren es lo que nos permite trazar dos interpretaciones distintas sobre las consecuencias de la globalización en la política. Así como las coincidencias y similitudes señaladas dan cuenta de algunos puntos sobre los que prima cierto consenso, la distinción entre los efectos de esta nueva configuración de la modernidad que cada uno plantea nos habilitan para identificar diferentes concepciones de la política en las sociedades contemporáneas. En efecto, Bauman parece dejar muy poco espacio para la acción política. En principio, los cambios que trae aparejada la *modernidad líquida*, como ya dijimos, vacían de contenido las instituciones de la democracia representativa, lo cual sumado al estado

generalizado de incertidumbre e inseguridad resultan en un panorama de apatía política en el que,

*al carecer de vías de canalización estables, nuestro deseo de asociación tiende a liberarse en explosiones aisladas... y de corta vida, como todas las explosiones* (Bauman, 2001: 11).

En contraste, para Beck la retirada de la política de su lugar histórico no implica un debilitamiento de su fuerza, sino una “reinvención” vigorizadora que la dinamiza.

*Lo que aparentaba ser una ‘retirada apolítica a la vida privada’ [...] en la antigua interpretación de la política puede representar, cuando es contemplada desde el otro punto de vista, la lucha por una nueva dimensión de lo político* (Beck, 1997: 36).

La idea de *subpolítica* como politización de espacios de la sociedad civil implica un renacimiento no institucional de lo político, posibilidad vedada en el planteo de Bauman.

De esta divergencia principal, es decir, desinstitucionalización como despolitización o desinstitucionalización como repolitización, surgen las demás diferencias. Mientras que para Beck el poder ha salido del Estado y del sistema de partidos reinventándose, al menos en buena medida, en la sociedad, para Bauman el mercado, junto con sus nuevas elites desterritorializadas, son quienes detentan el poder que otrora residía en el sistema político. De allí que las reflexiones de Bauman estén teñidas por una mirada nostálgica hacia el pasado buscando a través de sus propuestas políticas concretas –que no analizaremos aquí– una recuperación del antiguo *ágora* de la vieja política<sup>6</sup>. Por el contrario, la de Beck es una mirada utópica y esperanzadora hacia el futuro con fuertes connotaciones positivas.

Desde un nivel de reflexión de carácter epistemológico, parece válido afirmar que en Bauman está muy presente la idea de *sujeto*, en tanto individuo sometido o subsumido en las estructuras sociales cuyas tendencias y transformaciones lo determinan inhabilitándolo para una plena participación política. Por el contrario, la caracterización de Beck es la de un *agente*, entendido como un individuo que tiene el poder de hacer, de obrar, de producir efectos y consecuencias a partir de sus acciones. De este modo, el sujeto baumaniano que ha sido arrollado por la destrucción del *ágora* en tanto espacio político por excelencia y que sólo puede actuar colectivamente de forma aislada y poco eficaz, se trastoca en Beck en un agente autónomo, creativo y reflexivo que se agrupa en torno a consignas y actúa políticamente con capacidad transformadora<sup>7</sup>.

## **CRISIS DE LOS PARTIDOS, OPINIÓN PÚBLICA Y REPRESENTACIÓN “POST”**

Estas ideas sobre las transformaciones que la globalización produce sobre lo político también han sido desarrolladas desde la ciencia política a partir de la idea cristalizada de “crisis de representación”. En este apartado nos proponemos ver cómo los planteos de Bauman y Beck tienen un fuerte correlato en las ciencias sociales empíricas y académicamente institucionalizadas. El concepto de *posdemocracia* (Crouch, 2004) ha buscado sintetizar estos cambios replicando el modelo de pasaje entre dos etapas producto de la globalización. Crouch plantea esta noción en relación a un estado en el que los ciudadanos están desilusionados frente a la política tradicional y resultan apáticos ante sus avatares. Así, las grandes decisiones pasan por reducidas elites políticas ligadas al poder económico. Éstas son quienes imponen la agenda de cuestiones relevantes y postulan –valiéndose de los viejos partidos políticos– candidatos promovidos a partir de técnicas de mercadeo.

El paso de la *democracia* a la *posdemocracia* es el de los partidos políticos fuertes a las instituciones débiles y la personalización de la política; es el de los ciudadanos activos y participativos a los ciudadanos pasivos y manipulados; el de los grandes debates electorales a las puestas en escena *mass*-mediáticas; el de los políticos entendidos como representantes a los políticos entendidos como comerciantes buscando satisfacer al cliente, entre otros.

En este esquema, el modelo concéntrico de funcionamiento de los partidos se ve fuertemente dislocado. Antes los dirigentes políticos surgían de los militantes partidarios, que, a su vez, se reclutaban de entre los grupos y clases que el partido representaba. Esto garantizaba que los intereses representados por los líderes estuvieran atados a la base social que los sustentaba. Sin embargo, en la *posdemocracia* el círculo de líderes se amplía con dos nuevos grupos. Los empresarios y miembros de las elites económicas, por un lado, y los tecnócratas, asesores y expertos en imagen, por el otro. Estos últimos, son los encargados de desarrollar encuestas y estudios de opinión con miras a establecer qué desea el electorado, rompiendo el vínculo con los militantes clásicos.

En definitiva, la *posdemocracia* plantea la mercantilización de los partidos políticos a imagen y semejanza de empresas que buscan maximizar ganancias (votos) aumentando la clientela (votantes), para lo cual deben estudiar sus demandas y deseos con miras a ofrecer un producto (el candidato) apetecible. Como vemos, el diagnóstico no se basa en una mirada de la desinstitucionalización como necesariamente cercana o distante a la politización. Al igual que Bauman, se enfatiza el creciente poder de las elites en la manipulación del juego electoral y el desinterés de la población. De la mano de Beck, estos cambios radicales suponen nuevos interrogantes sobre las novedosas capacidades de la sociedad civil de actuar políticamente al margen de las viejas estructuras partidarias y estatales.

El caso argentino atestigua esta tensión entre los dos polos. Tal el caso, entre otros, de los trabajos de Abal Medina (1998, 2004), quien retoma en principio la idea de la fragmentación social y la desinstitucionalización al hablarnos de una representación *postsocial* marcadamente diferente de los modelos clásicos de

representación política. Nuevamente aparece la periodización de modelos y la ruptura que da lugar a una etapa "post". Aquí lo postsocial alude a una situación en la que el lazo de representación política que los partidos políticos conservaban con sus bases sociales se rompe poniendo en crisis la legitimidad de los gobiernos electorales. Sin categorías sociales reconocibles con las que establecer relaciones de homología, los partidos se vuelven autoreferenciales y buscan legitimarse a sí mismos.

La opinión pública pasa de ser un contrapoder a constituirse en un verdadero poder al cual se someten los dirigentes políticos en su intención de satisfacer a un electorado apático y con intereses contradictorios y efímeros. De allí el rol preponderante, en coincidencia con Crouch, de las encuestas de opinión y de imagen en la selección de candidatos y las estrategias electorales de los políticos profesionales.

Cheresky continúa con esta tradición de establecer al menos dos períodos o momentos históricos en torno a los cuales estructurar el argumento de que existe un cambio en las formas de representación política. La crisis, como en los autores anteriores, vendría con el pasaje de una etapa a la otra. En este sentido, contrasta la *democracia de partidos* con la *democracia inmediata* (Cheresky, 2006). La primera correspondería al modelo de sociedad industrial del siglo XX. Allí había partidos políticos de masa que se correspondían con identidades políticas fuertes, sustentadas en la clase o en grupos de interés consolidados. Estos partidos organizaban la vida política nacional y estructuraban fuertes pertenencias. Por el contrario, en la actualidad los partidos tendrían un rol más bien instrumental al utilizarse como dispositivos de competencia política. Es decir, serían meros intervinientes en la vida democrática del país y no concitarían adhesiones permanentes. Asistiríamos a una pérdida en la capacidad de creación de sentido y de lazo social por parte de estas instituciones, en donde residiría la idea de crisis y transformación de los modos de representación.

El rol de los políticos es central en este esquema de pasaje. Si en la antigua democracia de partidos representaban grupos o clases sociales, ahora son meras asociaciones instrumentales de carácter electoral, sin adherentes permanentes. La identidad partidaria se debilita y los partidos ya no organizan la vida política del país. Así, surgen los *líderes de popularidad*, legitimados en las encuestas de opinión y condenados a recrear continuamente un lazo de representación débil y siempre provisorio. Estos agentes suscitan adhesiones más personales y menos comprometidas. Su liderazgo se construye de manera eminentemente mediática. Es decir, su poder proviene más de un vínculo directo con la ciudadanía que de recursos organizacionales partidarios, aunque estos sean en última instancia imprescindibles.

En síntesis, a partir de los autores presentados y de las ideas expuestas, podemos reconstruir una perspectiva para el estudio del reclutamiento de los políticos basada en una serie de supuestos comunes. Estos son las transformaciones y fragmentaciones producto de la globalización, la desintitucionalización de la vida social, la crisis de los partidos y de la

representación política y el surgimiento de un nuevo tipo de actores políticos que entablan una relación novedosa con sus votantes.

En este sentido, es posible construir una herramienta típica ideal de estos nuevos políticos, entendida como un instrumento heurístico para el estudio de realidades y problemas concretos y empíricos. Se trataría de agentes cuya validación en tanto dirigentes y, por consiguiente, su postulación a cargos electivos depende en gran medida de su “imagen” o intención de voto frente a la opinión pública. Ya no hablamos necesariamente de individuos con toda una carrera de militancia dentro del partido, sino de líderes consagrados a través del *marketing* político y con una oferta de significados sumamente flexible en función de captar más votantes. La tradicional carrera política en el interior de las organizaciones partidarias deja lugar a las idas y vueltas de la opinión pública y de las elites económicas capaces de sustentar la “venta” de un candidato. La clave de estas interpretaciones pasa por el prefijo “post” y el énfasis en los procesos de fragmentación e individuación.

Aunque con intereses distintos y ligados a la lógica de la producción teórica académica, este breve repaso por algunas ideas y conceptos de la politología da cuenta de que los desarrollos de Bauman y Beck no están circunscriptos exclusivamente a la esfera del ensayo y la divulgación, sino que forman parte de dinámicas más amplias y de procesos particulares que se han desplegado en el interior del espacio intelectual en relación a las formas de pensar lo político en los últimos años.

### **TRANSFORMACIONES DE LO POLÍTICO: ¿DE LO SOCIAL A LO COMUNITARIO?**

En su nacimiento a finales del siglo XIX, las ciencias sociales y, muy especialmente, la sociología en tanto disciplinas institucionalizadas fueron partícipes de la creación de *lo social* como la “invención estratégica” (Donzelot, 2007) de un nuevo dominio de pensamiento científico y de intervención política que se construyó en contraposición al de *lo comunitario*. La generalización de la idea de sociedad estuvo intrínsecamente ligada a la construcción de los modernos Estados-nación y fue el prisma a través del cual sus instituciones estatales gestionaron el gobierno y sus poblaciones se representaron a sí mismas. A su vez, la diferenciación de ese orden con la idea de comunidad sirvió para delinear las características de la modernidad finisecular por oposición a un pasado en gran medida idealizado. La comunidad habría sido para los primeros científicos sociales un modo de organización anterior ahora opacado por las luces del progreso.

Ahora bien, la constatación de que las teorías de Bauman y de Beck, así como diversos trabajos centrales de la ciencia política contemporánea objetan fuertemente el rol actual de las instituciones políticas de la modernidad clásica y, consiguientemente, la validez de las categorías que se han construido en torno a ella, supone un cuestionamiento a la actualidad de *lo social* en el mundo contemporáneo. Insistir en el anacronismo de prácticas y representaciones centradas en el modelo clásico de acción colectiva articulado

en torno al sistema político, es un movimiento que apunta en la dirección de señalar la decadencia de la idea de sociedad (Dubet y Martuccelli, 2000).

Asistimos en la actualidad a un resurgimiento de los discursos sobre la comunidad que representan una nueva forma de organización de las lógicas de gobierno. Si bien su existencia no constituye una novedad, su creciente difusión y efectividad adquieren rasgos singulares. La lógica de *lo comunitario* es la expresión de una nueva especialización de gobierno basada en un anclaje heterogéneo, plural y con el individuo y los agrupamientos de pequeña escala como puntos de referencia. Este dispositivo se opone a *lo social* y se encuentra fuertemente imbuido de motivos y significados “anti-políticos”. Nos centraremos aquí en su formulación desde los *governmentality studies*, perspectiva desarrollada entre otros por Mitchell Dean (1999) y Nikolas Rose (1996) que señalan que

*en estas racionalidades políticas contemporáneas la comunidad se ha vuelto calculable por una variedad de informaciones, investigaciones y encuestas estadísticas, deviniendo la promesa y el objetivo de un rango de tecnologías gubernamentales; se ha de actuar sobre ella mediante una multitud de prácticas autorizadas y de encuentros con profesionales. Esto es, la comunidad debe ser gubernamentalizada. (...) Lo que interesa, por consiguiente, son las problematizaciones a través de las cuales la existencia colectiva ha llegado a ofrecerse al pensamiento en forma de comunidad y las nuevas representaciones, técnicas, poderes y relaciones éticas que han sido inventadas durante ese proceso (Rose, 1996: 352 - 353).*

Huelga aclarar que la idea de *lo comunitario* no es sencillamente igual a la del comunitarismo, concebido este como una filosofía o una ideología política que pone a las comunidades –reales o imaginadas– en el centro de la organización de la vida social y que se opone al individualismo liberal y a las grandes categorías de agrupamientos sociales, frecuentemente emparentados (Rose, 1996; Benhabib, 2006b). Si bien Beck presenta una postura ambivalente frente al comunitarismo, Bauman no duda en rechazarlo de lleno, entendiendo que se trata de una respuesta equivocada al problema planteado por la incertidumbre que sólo produce un efecto aun más atomizador y segregador.

*Dado que esa inseguridad [...] fue la causa principal de la enfermedad que iba a remediar el comunitarismo, la comunidad del proyecto comunitario no puede sino exacerbar la condición que prometía rectificar (Bauman, 2003: 174).*

La lógica de *lo comunitario* nace contra la idea del control burocrático estatal remoto y se presenta como la vuelta a un lugar auténtico de pertenencia común y de relación directa con el semejante. Así, somos gobernados a través de nuestra ligazón a comunidades preexistentes o a comunidades imaginadas creadas por activistas o presupuestas en los planes de gobierno. Sin embargo, para los autores clásicos de la sociología como Durkheim o Weber, la política –al igual que la religión– era un ámbito privilegiado para la construcción de lazo social y de sentidos y significados compartidos. La política construía sociedad al mismo tiempo que expresaba totalidades socialmente aglutinadas.

El pasaje de *lo social* a *lo comunitario* supondría, en primer lugar, un cambio de paradigma que implica una des-totalización que va de una matriz única de solidaridad y de la concepción de una totalidad orgánica interconectada a un escenario de segmentación y fragmentación. Como unidad espacial, el foco se corre del Estado-nación a unidades territoriales más pequeñas de carácter local o vecinal.

Además, las unidades de referencia dejan de ser las grandes categorías sociales como la clase, la nación, etc. y pasan a estar centradas en diversas agrupaciones y comunidades. Así, en *lo social* los procesos de constitución identitaria remitían al sistema escolar, la seguridad social, la sociedad nacional, mientras que bajo la lógica de *lo comunitario* cobran relevancia relaciones que parecen más “naturales” y “directas” –no como las “artificiales” y “remotas” de la sociedad–, resaltándose las identidades culturales y los particularismos regionales.

Finalmente, este espíritu anti-estatal está impregnado de un conjunto de representaciones anti-políticas que resalta la corrupción e ineficacia de las clases dirigentes concluyendo que las responsabilidades políticas deben volver a las comunidades. En definitiva, *lo social* era un orden de pertenencia, responsabilidades y obligaciones colectivas donde la responsabilidad era individual estaba atravesada por determinantes externos. En *lo comunitario* el actor está individualizado y autonomizado con lazos únicos, localizados y específicos con su familia y su comunidad.

Entonces, ¿cómo se relacionan las caracterizaciones de Bauman y de Beck sobre el vaciamiento de las instituciones políticas ligadas a *lo social* con las críticas que a este dominio se realizan desde la lógica de *lo comunitario*? Aquello en lo que los dos pensadores coinciden más cabalmente, a saber, la desinstitucionalización de lo político, la incapacidad del sistema político para canalizar la acción colectiva y la obsolescencia de ciertas categorías forjadas en la fase anterior de la modernidad, suponen un piso mínimo de afinidad común con la lógica de *lo comunitario* y su prédica contraria al paradigma de *lo social*.

Ahora bien, la carga negativa que Bauman pone sobre la política y las instituciones sociales encuentra su punto de fuga en nuevas formas organizativas que remiten constantemente a la idealización del pasado y a un *aggiornamento* globalizado del juego político de las sociedades nacionales. Sin embargo, la combinación de premisas que dislocan la acción política del marco de las clásicas instituciones de la democracia representativa junto con la relocalización de lo político en la sociedad civil y la politización de los pequeños grupos con demandas puntuales y localizadas poseen una fuerte sintonía con las premisas de Beck en torno a la postura que identificamos como de desinstitucionalización con repolitización. En su teoría el punto de referencia del actor político se desplaza de las grandes formaciones como la clase y la nación a los individuos y las comunidades.

La *subpolítica* es el traslado de la política desde las instituciones hacia los individuos y sus grupos sociales. “Reinventa” lo político alejándolo de los

espacios vinculados a la experiencia colectiva de *lo social* para situarlos en un nivel micro que interpela a las ya viejas y vacías instituciones estatales desde los intereses y capacidades de los individuos y sus comunidades de interés.

Nuevamente, no se trata de tildar a Beck de comunitarista ni de afirmar que su teoría responde linealmente a lo que delineamos como una lógica de *lo comunitario*, sino de postular afinidades entre una serie de planteos de altísima circulación sobre las transformaciones de la política en la globalización y la “reinención estratégica” de la comunidad que se esgrime actualmente desde amplios sectores de las ciencias sociales y desde la formulación de políticas públicas.

## CONCLUSIONES

El repaso por estas teorías, tanto en su nivel más abstracto de análisis macrosocial como en sus reflexiones sobre los cambios de lo político en la globalización, nos permitió distinguir dos interpretaciones centrales a partir de las cuales se derivan numerosas proposiciones. Por un lado, la *desinstitucionalización como despolitización* es la expresión en la postura de Bauman de un punto de vista que destaca el la retirada de la acción política de las instituciones de gobierno y su desvanecimiento en el seno de la sociedad. Por el otro, la *desinstitucionalización como repolitización* parte de un diagnóstico similar en el que lo que anteriormente estaba politizado se despolitiza, pero convierte lo que para Bauman eran explosiones aisladas y efímeras de participación colectiva en una dimensión novedosa y prometedora de acción política “desde abajo”.

El surgimiento de una nueva lógica de especialización de gobierno impregna los debates teóricos contemporáneos y aporta un nuevo interlocutor a las discusiones sobre los cambios de lo político. Así, ya sea demostrando como Beck una mayor afinidad en el diagnóstico planteado o expresando como Bauman un rechazo a sus fundamentos, distintas posturas dialogan con *lo comunitario* y las recomposiciones del lazo social que trae aparejada una forma de comprender la realidad y de operar sobre ella que trastoca la caracterización clásica de la política.

Pero la investigación en ciencias sociales requiere algo más que grandes teorías generales sobre los avatares del mundo y son los trabajos empíricos y situados el insumo esencial de esta forma de producir conocimiento que llamamos ciencia. Lo mismo vale para posturas que desde la politología adolecen de la falta de respaldo que sólo puede dar un abordaje sistemático de la realidad. Por ello, hay tentaciones a evitar. En primer lugar, la de las teorías omnicomprendivas que pretenden explicarlo todo y terminan ocultando bajo un manto de generalidad aquellas diferencias que niegan su propia condición totalizante. Máxime cuando las condiciones de emergencia de sus categorías no son problematizadas ni consideradas como un objeto de estudio en sí mismo.

En segundo término, los razonamientos que incurren en la petición de principio. Falacia esquivada que parte como premisa –por ejemplo, la desinstitucionalización de la política– de aquello que, en todo caso, debería ser el punto de llegada de una investigación. Algo similar ocurre con supuestos como “la nueva política” o la “crisis política”, frecuentemente considerados como hechos dados.

Finalmente, la pérdida de la dimensión histórica y de la reconstrucción de genealogías sesga cualquier ejercicio reflexivo del contexto necesario para dar validez a sus afirmaciones. ¿Hasta qué punto lo que hoy experimentamos como una transformación de lo político es la irrupción de una realidad nueva? ¿Cuántos de los cambios a los que se hace incansable referencia no remiten a elementos que ya estaban presentes en las sociedades contemporáneas? Las categorías acusadas de obsoletas nacen en muchos casos antes de la propia constitución de los Estados-nación y no es esta la primera vez que son llevadas a juicio. Como ocurre continuamente en el devenir de las ideas y los conceptos, algunos persistirán, algunos serán resignificados, otros caerán en desuso. Pero ¿no existe acaso toda una historia previa de señalamiento de “crisis” y transformaciones “sin precedentes” que es propia de la experiencia de la Modernidad? (Lefort, 1997).

## **BIBLIOGRAFÍA**

Abal Medina, J. M. (h.) (1998). ¿Crisis o metamorfosis de la representación política? Reflexiones en torno a la hipótesis de Bernard Manin. *Sociedad*, 12/13.

Abal Medina, J. M. (h) (2004). *La muerte y resurrección de la representación política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Alexander, J. C. (2000). *Sociología cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas*. Barcelona: Anthropos.

Aronson, P. (2007). Introducción. Significados y principales dimensiones de la globalización. En Aronson, P. (Coord.) *Notas para el estudio de la globalización. Un abordaje multidimensional de las transformaciones sociales contemporáneas*. Buenos Aires: Biblos.

Bauman, Z. (1998). *La globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Bauman, Z. (1999). *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

Bauman, Z. (2000). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002.

Bauman, Z. (2001). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

Beck, U. (1994). La reinención de la política. Hacia una teoría de la modernización reflexiva. En BECK, U., A. GIDDENS y S. LASH. *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza, 1997.

Beck, U. (1999). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI, 2002.

Benhabib, S. (1992). *El ser y el otro en la ética contemporánea. Feminismo, comunitarismo, postmodernismo*. Barcelona: Gedisa, 2006.

Benhabib, S. (2002). *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global*. Buenos Aires, Katz, 2006.

Cheresky, I. (2006). La Política Después de los Partidos. En Cheresky, I. (Comp.) *La Política Después de los Partidos*. Buenos Aires: Prometeo.

Crouch, C. (2004). *Posdemocracia*. México: Taurus.

De la Garza Toledo, E., J. C. Celis Ospina, M. A. Olivo Pérez, M. Retamozo Benítez (2008). Crítica de la razón para-postmoderna. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, pp. 10-38.

Dean, M. (1999). *Governmentality. Power and Rule in Modern Society*. Londres: Sage.

Donzelot, J. (1984). *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2007.

Dubet, F. y D. Martuccelli (2000). *¿En qué sociedad vivimos?*, Buenos Aires: Losada.

Gauchet, M. (2004). *La democracia contra sí misma*, Rosario: Homo Sapiens.

Giddens, A. (1990). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza, 1999.

Ianni, O. (1996). *Teorías de la globalización*, México: Siglo XXI.

Lefort, C. (1985). El problema de la democracia. *Opciones*, N° 6, Santiago de Chile, mayo-agosto.

Lefort, C. (1997). L'imaginaire de la crise. *Commentaire* N° 79.

Montenegro, S. M. (2005). La sociología de la sociedad del riesgo. Ulrich Beck y sus críticos. *Pampa. Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales*, Año 1, N° 1, Santa Fe: UNL.

Rose, N. (1996). The death of the social? Re-figuring the territory of government. *Economy and Society* 25 (3). [Traducción al castellano de A. L.

Grondona. Rose, N. (2007): ¿La muerte de lo social?: Re-configuración del territorio de gobierno. *Revista Argentina de Sociología*, vol.5, n.8, pp. 113-152].

Tilly, C. (1984). *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid: Alianza Universidad.

Vallespín, F. (2000). *El futuro de la política*, Madrid: Taurus.

---

<sup>1</sup> Uno de los análisis más lúcidos al respecto puede encontrarse en la obra de Charles Tilly (1984), en la que se consideran los aspectos perniciosos de las premisas y postulados del conocimiento social decimonónico. Por su parte, la perspectiva de Octavio Ianni (1996) resulta paradigmática de esta postura al afirmar que la modernización implica una fractura epistemológica que abre una nueva época para las ciencias sociales en la que los marcos interpretativos formulados para el estudio de las sociedades nacionales son absolutamente inservibles para la comprensión de la nueva sociedad global.

<sup>2</sup> A modo de ejemplo, la capacidad heurística para las ciencias sociales que se desprende de estas teorías parece debilitarse con la proliferación de categorías construidas en base a metáforas impresionistas y de la vida cotidiana –tal es el caso de “sólido” y “líquido”, entre muchas otras (De la Garza Toledo et al., 2008: 14-15).

<sup>3</sup> Al respecto, Giddens construye su concepto de *reflexividad* a partir de la idea de la *doble hermenéutica*. Esta alude a la dinámica de acuerdo a la cual, en primer lugar, la ciencia coloca a las interpretaciones de sentido común que realizan los actores “legos” y a sus significados en el marco del análisis científico. De modo que se produce una interpretación científica de lo ya interpretado por los actores sociales. En segundo lugar, ese conocimiento experto reingresa al mundo lego y es interpretado por los agentes, quienes utilizan estos saberes para actuar en sus vidas cotidianas. Así, las condiciones originales de la acción que dieron lugar a la elaboración científica se alteran constantemente.

En este sentido, “la reflexión de la vida social moderna consiste en el hecho de que las prácticas sociales son examinadas constantemente y reformadas a la luz de nueva información sobre esas mismas prácticas, que de esa manera alteran su carácter constituyente” (Giddens, 1993: 46). Si bien toda formación social supone cierto grado de conocimiento por parte de los actores sobre sus propias sociedades, lo que ocurre con la radicalización de la modernidad es que esta reflexión se lleva a límites antes insospechados y se aplica a todos los ámbitos de la vida social.

<sup>4</sup> Alexander (2000: 1-27) ve en el ejercicio de Beck la construcción de un discurso mítico sobre el riesgo, sustentado en una postura objetivista. De ahí su crítica a la falta de consideración por las mediaciones culturales a la hora de problematizar la percepción social del riesgo. Sobre este debate puede consultarse también el artículo de Montenegro, “La sociología de la sociedad del riesgo: Ulrich Beck y sus críticos” (2005).

<sup>5</sup> Beck también sostiene la creciente preeminencia del mercado en la toma de decisiones, aunque el núcleo de su planteo en torno a la política pasa esencialmente por la *subpolítica*.

<sup>6</sup> Plantea una propuesta política que pasa por la recuperación del modelo republicano de Estado, la creación de un ingreso básico universal y el establecimiento de una institución internacional republicana cuya magnitud y fuerza le permitan disputar poder al mercado y sus elites desterritorializadas (Bauman, 2001: 163-211). Sin embargo, esta idea constituye un proyecto y convive con la existencia de lo que al autor considera una apatía política generalizada. Su modelo de acción política remite en líneas generales a una vuelta a las antiguas formas de participación.

<sup>7</sup> Los títulos de algunos de sus principales trabajos sobre la cuestión no son ajenos a las características de cada una de estas interpretaciones. Si para Bauman la globalización no deja otra alternativa que salir en “En busca de la política”, para Beck, partiendo de un diagnóstico en principio no tan diferente, asistimos a “La reinención de la política”.